

# LA APOTEOSIS DEL CHOCO

**E**N el mundo de la mar, la sepia officinalis siempre ha sido un personaje estimado. En sus tallas más tiernas, dió a Redondela tanta fama como la Coca. Tal vez esta vieja vinculación de los chocos a la cocina tradicional de una villa, a donde la mar llega ya desfallecida y un tanto dulcificada, nos vino acostumbrando a una idea demasiado doméstica del sabroso decápodo.

Había también otro motivo para suponer al choco poco apto para la vida comercial. Nos referimos a su tinta, precursora de la cortina de humo que han inventado después los estrategas en los campos de batalla. A su defensiva e inofensiva tinta, que enriquece el gusto de sus tejidos en el plato del gourmet. A su tinta de original coloración, que es la famosa sepia de los pintores.

Como todo cambia, nosotros debemos revisar también las anticuadas ideas que teníamos sobre el choco. No sabemos si este animal tiene ideas, pero en el caso de que así ocurriese, seguros estamos de que también habrá modificado, desde hace tiempo a esta parte, las que hubiere formado sobre los hombres. Salvo en un extremo: el de sus brazos predadores, atributos genuinos del choco, cada día más desarrollados en el hombre.

**E**L choco no había dado origen, hasta ahora, a una pesca autónoma. O se capturaba en aguas litorales por los artesanos del boliche, o entraba accidentalmente en el copo de los arrastreros, perdido entre la biomasa variopinta de los peces de fondo. La contribución obtenida de esta especie, a través de tales formas de explotación, era cuantitativamente reducida, si bien incitadora de una demanda creciente.

Del Sur nos comenzó a llegar, cuando nadie la esperaba, la sorpresa del choco. La sorpresa de la masividad de sus bancos y del tamaño de los ejemplares. Y hasta de la favorable aceptación de éstos, para las fábricas de conservas, cuando llegaban incluso a pesar diez kilogramos.

Fué en la presente primavera cuando comenzó realmente la apoteosis del choco. Una pareja de Bouzas, que solía trabajar en el banco canario-africano, emprendió un viaje deliberadamente orientado a operar sobre los bancos del popular molusco, localizados al sur del archipiélago. La marea tuvo una duración de 21 días en viaje redondo. Se han invertido diez, con sus noches, en la faena de extracción, enlazando sin descanso lances de tres horas, con el aparejo vulgarmente llamado "raspita", de boca más abierta



que el "trawl" habitual, y más lastrado de cadenas.

Los resultados alcanzaron una brillantez insólita. La pareja descargó 2.400 cajas, de las cuales sólo 300 contenían pargo y botos. Las 2.100 restantes eran íntegramente de choco, con alguna ingerencia de pulpo de dimensiones impresionantes, equivalentes a la talla de un hombre. La demanda de las factorías de industrialización absorbió afanosamente, y a precios compensadores, el fruto de la aventura.

Otra vez la reacción intuitiva del práctico ha descubierto la mina estérilmente abandonada en el horizonte. En adelante, la pesca industrial del choco justificará una especialización de actividades y artes, que es necesario estimular y tutelar. El cuadro de los recursos pesqueros españoles acaba de enriquecerse con un filón profícuo, que permanecía desdeñado.

Como tantas otras, esta hazaña se debe a un oscuro trabajador del timón, nacido en un burgo de Galicia, donde la brisa del mar mece desde la cuna la vida del hombre. Se debe a la fecunda inquietud de Francisco Villar Larrán, patrón de pesca del dúo "Mariñeiro"-"Niñín".